

Prólogo

TOMMY MCKEARNEY*

Cuando un grupo de revolucionarios irlandeses se reunió en secreto en Dublín el 17 de marzo de 1858, puso en marcha lo que hoy es una de las corrientes o tradiciones insurreccionales más antiguas y longevas de Europa. Los reunidos aquel día fundaron la Hermandad Republicana Irlandesa (*Irish Republican Brotherhood*, IRB) —más conocidos como fenianos—, origen de lo que hoy reconocemos como el Ejército Republicano Irlandés (*Irish Republican Army*) o, simplemente, el IRA. Desde entonces ha sido una constante en la vida política de Irlanda durante muchas décadas y, a pesar de su fama insurrecta, este movimiento se ha visto a menudo desafiado por los partidarios de la reforma en lugar de la revolución.

* Se define como un republicano socialista y organizador del *Independent Workers Union*. Tommy McKearney fue un miembro destacado del IRA Provisional desde principios de la década de 1970 hasta su detención en 1977. Fue condenado a cadena perpetua y cumplió 16 años de prisión, durante los cuales participó en la huelga de hambre de 1980 en la prisión de Maze. Casi 150 voluntarios quisieron formar parte, pero finalmente se escogió a siete participantes. Más de 50 días después, tras negociaciones con el Gobierno británico, McKearney y algunos de sus compañeros estaban cerca de la muerte, muy deteriorados. En la actualidad es periodista independiente y organizador sindical, además de autor de *The Provisional IRA* (Pluto, 2011).

Los fundadores y primeros líderes de la organización eran veteranos de un levantamiento fracasado unos diez años antes. Un levantamiento en respuesta a la devastadora hambruna irlandesa que se había cobrado la vida de más del 12 % de la población y había obligado a otro 12 % a emigrar, principalmente a Estados Unidos.

Como consecuencia de su relación con el fallido intento de insurrección, estos veteranos huyeron a Francia, donde se reunieron con los seguidores del revolucionario francés Louis-Auguste Blanqui. Esto tendría una profunda importancia. En conversaciones con sus nuevos camaradas, los exiliados irlandeses se enteraron de que, desde que el campesinado francés se había hecho con el control de las tierras que trabajaban, no se había producido una hambruna generalizada en el país.

Esto se debía, según les dijeron, a que el poder de la aristocracia para dictar el proceso agrícola se había roto durante los años de la gran revolución. Además, para castrar a la aristocracia era necesario abolir la monarquía y establecer una república. Para lograrlo, los que buscaban el cambio tendrían que construir una organización revolucionaria clandestina y secreta con capacidad para llevar a cabo una insurrección armada.

Fue, por tanto, esta combinación de una aguda sensibilidad hacia las dificultades internas unida al pensamiento de los revolucionarios continentales lo que dio forma a un movimiento que iba a existir, de una u otra forma, durante el siguiente siglo y medio. Un movimiento que para algunos prometía la liberación de la miseria y la servidumbre, pero para otros suponía una amenaza peligrosa y violenta para su posición en la sociedad.

Hasta qué punto estos primeros militantes republicanos irlandeses identificaban las condiciones sociales y económicas como parte integral de su lucha se hizo evidente una década más tarde. En 1867, tras una insurrección que volvió a fracasar, los fenianos publicaron su *Proclamación de la República Irlandesa*. Para la Irlanda de la época, era un documento notablemente progresista que afirmaba como objetivo «fundar una república basada en el sufragio universal, que asegure a todos el valor intrínseco de su trabajo». Al mismo tiempo

que se declaraban «a favor de la absoluta libertad de conciencia y de la completa separación de la Iglesia y el Estado».

Como era de esperar, llamaron la atención no solo de las autoridades británicas, sino también de una pareja de emigrantes alemanes que vivían entonces en Inglaterra: Karl Marx y Frederick Engels. Aunque no siempre estaban de acuerdo con todas las acciones de los militantes irlandeses, los padres del socialismo científico apoyaban la reivindicación de una república irlandesa.

Fue quizá el contenido radical del programa del IRB, unido a la aprobación tácita de su mensaje por parte de los autores de *El manifiesto comunista*, lo que impulsó a los elementos conservadores de Irlanda a organizar un movimiento político alternativo. En términos generales, más nacionalista de derechas que republicano, y aunque esta corriente representaba los intereses de una clase media irlandesa de reciente aparición, también pretendía atraer el apoyo de toda la sociedad.

Como reflejo de sus reticencias a asumir riesgos o al sacrificio, así como de su interés de clase, este movimiento se comprometió con la actividad parlamentaria, es decir, con el parlamentarismo británico. Acorde con este enfoque paulatino, los nacionalistas se declararon a favor de una forma estrictamente limitada de estatus colonial dentro del Imperio, a diferencia del modelo de república soberana independiente que pretendían los fenianos.

En consecuencia, los elementos más previsores de la clase dirigente británica reconocieron esta corriente política, con sus objetivos limitados, como una fuerza compensatoria bienvenida contra el republicanismo revolucionario y facilitaron discretamente su desarrollo; una estrategia empleada por los británicos una y otra vez en los años venideros. Por cierto, este punto de vista y una postura similar fueron adoptados por la jerarquía católica romana en Irlanda, que consideraba el republicanismo laico una amenaza para su posición. Tan hostil era la jerarquía católica al republicanismo irlandés que en una ocasión un obispo declaró airadamente que «la eternidad no es lo suficientemente larga ni el infierno lo suficientemente caliente para los fenianos».

Sin embargo, por una serie de razones debidas a la historia y a la naturaleza de la sociedad irlandesa de la época y de años posteriores, los republicanos irlandeses se mostraron muy cautelosos a la hora de desafiar el poder de la Iglesia romana y la gran mayoría siguió siendo católica practicante. Este factor facilitó un grado de pertenencia interclasista que creó una ambivalencia que iba a resultar divisiva en más de una ocasión.

Debido al hecho, en parte, de que el partido político nacionalista sí pudo organizarse abiertamente, algo que no era posible ni estaba permitido para los fenianos, los reformistas obtuvieron cierta ventaja sobre los revolucionarios. Además, dado que parecía ofrecer una reforma política muy necesaria, aunque limitada, sin el sacrificio que inevitablemente exigía la insurrección, consiguió un punto de apoyo en toda la sociedad irlandesa, aparte de dentro de una minoría colonialista de colonos probritánicos en la parte norte de Irlanda.

Al negárseles la oportunidad de llevar a cabo una labor política abierta y legal, los fenianos trabajaron en silencio para ganar influencia a través de lo que podría describirse como un renacimiento cultural. Diseñados para ayudar a subvertir la aceptación de la conexión política con Gran Bretaña, participaron en un movimiento más amplio que fomentaba, entre otras iniciativas, un renacimiento literario, la restauración de la antigua lengua gaélica y una organización deportiva nacional.

El éxito de la intervención feniana en los ámbitos deportivo y cultural tuvo, paradójicamente, un cierto coste. Al permitir el acceso del movimiento a un sector tan amplio de la población, incitó a algunos miembros a creer que existía un «consenso nacional» sobre todas las cuestiones. Este punto de vista favoreció la promoción de una forma de política del «mínimo común denominador» entre una parte de los activistas.

Esta tendencia a buscar «puntos en común» se vio agravada por el hecho de que, a pesar de la rivalidad que a menudo derivaba en un enfrentamiento abierto entre republicanos y nacionalistas, ambas partes se veían afectadas en mayor o menor medida por la influencia de la otra. Esto se debía al hecho de que, al menos en la superficie,

en ciertas cuestiones importantes ambas corrientes parecían tener demandas que se solapaban, aunque una más radical y de mayor alcance que la otra.

Cada una de ellas buscaba el autogobierno de Irlanda, aunque para un partido esto significara una república soberana, mientras que el otro se contentaba con un gobierno colonial. En cuanto a la cuestión crucial de la tenencia de la tierra, ambos buscaban alivio para el campesinado y las dos facciones cooperaban a menudo durante la campaña para aliviar la difícil situación de los pobres rurales.

En consecuencia, y aunque los dos partidos contaban con activistas ideológicamente comprometidos y convencidos que no estaban dispuestos a ceder en sus principios básicos, mucha gente de la población irlandesa en general se contentaba con apoyar a uno de los dos, o a los dos, dependiendo de qué elemento pareciera estar ganando la partida en un momento determinado.

Esto tuvo una enorme repercusión en el electorado republicano a lo largo del siglo xx. Las diferentes opiniones sobre si centrarse en la reforma o en la revolución provocaron una serie de escisiones y rupturas debilitantes en sus filas. Este aspecto del republicanismo irlandés se hizo más complejo por el hecho de que, aunque siempre contuvo un elemento insurreccional y estuvo influido por factores económicos, la filosofía no estaba orientada a las clases *per se*.

Esto, a pesar de que uno de los grandes héroes y mártires del republicanismo irlandés, James Connolly, está considerado como uno de los marxistas más tempranos y eruditos del país. Dirigente sindical y fundador del Ejército Ciudadano Irlandés (*Irish Citizen Army*, ICA) –descrito por Lenin como la primera Guardia Roja de Europa–, Connolly sería ejecutado por los británicos en 1916 por desempeñar un papel destacado en el Alzamiento de Pascua de ese año. A pesar de la ausencia de un enfoque claro de clase y de la concentración en la independencia nacional dentro de la estructura más amplia del republicanismo irlandés, la influencia de la defensa de Connolly de la clase obrera y su reivindicación de una república obrera reverberaron a lo largo del siglo siguiente en diferentes sectores de los círculos progresistas y antiimperialistas.

Sin embargo, con demasiada frecuencia, estos surgen tras la derrota en un intento de revolución.

A pesar de Connolly y sus partidarios, el republicanismo irlandés tenía como objetivo principal liberarse de la dominación imperial británica y establecer una república independiente. Y eso, más que la emancipación de la clase obrera, fue una causa subyacente de amargas, y a veces sangrientas, divisiones en sus filas a lo largo del siglo xx.

Al centrarse casi exclusivamente en romper la conexión con Inglaterra, el republicanismo irlandés a menudo encontró conveniente aceptar en sus filas a reclutas procedentes de una muestra representativa de la sociedad irlandesa. Esto, a su vez, dio lugar a la aparición de diferentes agendas sociales y económicas, un hecho del que se aprovecharían opositores y enemigos.

Esto ocurrió con mayor crudeza durante el periodo anterior y durante la guerra civil irlandesa. Los administradores británicos reconocieron que, por razones de política global, iba a ser prácticamente imposible derrotar el levantamiento del IRA iniciado en 1919. Sin embargo, la administración imperial se dio cuenta de que había personas en el bando republicano a las que se podía convencer para negociar un acuerdo que se alejara de la república soberana.

Tras pasar décadas descalificando a los republicanos irlandeses y a sus líderes como delincuentes comunes, en el mejor de los casos, o terroristas sedientos de sangre, en el peor, en 1921 el Gobierno británico decidió negociar abiertamente con los líderes del IRA y decidió, además, hacerlo en Londres. Explotando hábilmente el deseo de los republicanos de clase media de poner fin a las hostilidades en condiciones que aseguraran sus intereses sociales, políticos y económicos, los negociadores británicos consiguieron llegar a un acuerdo con estos rebeldes burgueses. Estos republicanos reconstruidos aceptaron un Estado Libre, en la práctica un territorio colonial dentro del Imperio. Poco diferente, de hecho, del autogobierno que habían buscado los nacionalistas irlandeses de derechas.

No todos los miembros de la resistencia republicana aceptaron el compromiso, y muchos, probablemente la mayoría de los activistas del IRA, lo rechazaron. Pocos ejemplificaron mejor este fenómeno

que Liam Mellows. Mellows, miembro dedicado y destacado del movimiento de resistencia republicano irlandés, se opuso al Tratado de 1922 con Gran Bretaña. Como consecuencia de su oposición, fue encarcelado por el nuevo y reaccionario gobierno del Estado Libre, al que Lloyd George y Winston Churchill habían concedido el estatus de dominio. Durante su encarcelamiento, Mellows empezó a expresar sus ideas sobre las razones por las que una posición tan conservadora se había impuesto y una política más progresista no había conseguido la tracción suficiente entre las comunidades de la clase trabajadora.

En una correspondencia con la revista del entonces recién fundado Partido Comunista de Irlanda, el encarcelado Mellows escribió:

Irlanda no quiere un cambio de amo. Sería una locura destruir la tiranía inglesa para erigir una tiranía nacional que necesitaría otra revolución para liberar al pueblo. La República Irlandesa representa, por tanto, la propiedad de Irlanda por el pueblo de Irlanda.

Sentimientos que sin duda influyeron en la decisión del nuevo gobierno de elegirlo para una ejecución en represalia unos meses más tarde, aunque no antes de que su pensamiento hubiera influido en otros.

Entre quienes compartían su análisis, destacaban Peadar O'Donnell y Frank Ryan. Ambos eran veteranos y respetados miembros del IRA y durante la década siguiente, junto con otros, se esforzaron por reconducir la organización hacia la izquierda. De hecho, durante un tiempo, la organización republicana clandestina mantuvo relaciones de colaboración con la Tercera Internacional.

Sin embargo, curiosamente, relativamente pocos miembros del IRA se acercaron al movimiento comunista oficial. Y ello a pesar de que el Partido Comunista de Irlanda era bastante explícito en su apoyo a lo que describía como la cuestión nacional. En 1933, un alto cargo del Partido, Sean Murray, antiguo miembro del IRA, declaró que la lucha nacional es la cuestión principal. Y añadió:

La lucha nacional es una cuestión de clase, y la victoria o la derrota dependerá de qué clase esté a la cabeza de la lucha. En el pasado, nuestra debilidad consistió en que no vimos claramente que era necesario cambiar la dirección de clase de la lucha nacional

No obstante, hacia finales de los años veinte, surgió del seno del IRA un nuevo partido comprometido con una estrategia exclusivamente parlamentaria, el Fianna Fail. Algo socialdemócrata aunque amargamente anticomunista, su éxito electoral llevó a los que permanecían en el grupo armado a reconsiderar sus opciones. Algunos defendían una estrategia puramente militarista, mientras que otros abogaban por un programa firmemente izquierdista. Un debate que penetró de una forma u otra en los círculos republicanos irlandeses durante las décadas siguientes.

Este debate provocó otra división en las filas del IRA, ya que los miembros de izquierdas vieron cómo su intento de dirigir la organización con rumbo abiertamente socialista se veía obstaculizado por una dirección abiertamente militarista. Frustrados por la oposición a la adopción de un programa radical, O'Donnell y Ryan, aunque decidieron no fusionarse con el Partido Comunista, fundaron un nuevo grupo bajo el nombre de Congreso Republicano.

Dedicado al establecimiento de la república obrera de James Connolly, el grupo declaraba su creencia de que «la república de una Irlanda unida nunca se conseguirá si no es a través de una lucha que desarraigue el capitalismo de su camino». Aunque tuvo relativo éxito a corto plazo organizando agitación en torno a cuestiones laborales y de vivienda, el grupo no pudo ponerse de acuerdo sobre si formar un partido político o adoptar una estrategia de frente único. Dividido sobre esta cuestión, el grupo entró en un declive gradual hasta que finalmente cesó sus actividades.

Coincidiendo con la desaparición del congreso estalló la guerra en España. Varios antiguos miembros, encabezados por Frank Ryan, viajaron para unirse a la 15ª Brigada Internacional y lucharon en nombre de la República Española contra el golpe falangista de Franco. En las décadas siguientes, su heroísmo se sumaría a la

leyenda que creció en torno al Congreso Republicano. Sin embargo, el hecho de que muchos de los revolucionarios socialistas más decididos de Irlanda no sobrevivieran al conflicto resultó costoso para la izquierda de su país.

Aunque de corta vida, el legado del Congreso Republicano o, de hecho, su leyenda, es de gran relevancia para nuestra comprensión del republicanismo militante irlandés. Y no solo del pasado, sino mucho más de la era más reciente. La concentración del congreso en cuestiones sociales y económicas y su capacidad para comprometerse con un sector de la clase obrera protestante norirlandesa resonó en una nueva generación de republicanos irlandeses militantes que intentaban abordar el conflicto en la Irlanda del Norte de finales del siglo xx.

Como ya se ha mencionado, el análisis que condujo a la formación del Congreso Republicano se había producido tras la derrota en la Guerra Civil irlandesa. De nuevo a principios de la década de 1960 y de nuevo tras una campaña militar derrotada, se produjo una importante reevaluación. Una vez más se identificó la falta de apoyo popular como el principal factor que contribuyó al fracaso.

En consecuencia, un grupo de influyentes miembros del IRA comenzó a explorar una línea de acción explícitamente marxista. Casi por coincidencia, en ese momento, una serie de marxistas irlandeses, en torno al académico de izquierdas C. Desmond Greaves, abogaban por una estrategia destinada a socavar el Estado dividido de Irlanda del Norte. El concepto subyacente a la estrategia se centraba en destacar y, a partir de entonces, impugnar la naturaleza sectaria y antidemocrática de la entidad política del Norte.

Fundada como resultado de la partición de la isla instigada por los británicos en 1922, Irlanda del Norte fue desde sus inicios culpable de un sinfín de malas prácticas administrativas. Sobre todo en relación con la asignación discriminatoria de viviendas, empleo y desarrollo económico, todo ello impuesto por un régimen local autoritario. Durante casi cinco décadas tras su creación, el gobierno soberano de Londres hizo la vista gorda ante lo que ocurría en Irlanda del Norte, técnicamente parte integrante del Reino Unido.

Desde la creación del Estado del Norte, el partido unionista en el poder se había asegurado la unidad de clases entre sus bases practicando sistemáticamente la discriminación a favor de sus partidarios y en contra de sus críticos. Por razones históricas, la mayoría de los probritánicos eran protestantes, mientras que la mayoría de los que rechazaban la partición eran católicos. Este hecho permitió que en Irlanda del Norte se practicara la discriminación de una forma similar a como se hacía en otros lugares por el color de la piel.

A lo largo de la década de 1960 se produjeron una serie de acontecimientos que cambiaron la situación, tanto para el republicanismo militante en particular como para el contexto más amplio en general. Fue una época en la que el movimiento por los derechos civiles estaba teniendo lugar en Estados Unidos y en 1968 los movimientos estudiantiles radicales estaban en marcha en la Europa continental. Inspirados por el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos y en las acciones estudiantiles y obreras en Francia, los jóvenes estudiantes del norte de Irlanda, junto con republicanos de izquierdas, empezaron a luchar por los derechos civiles para todos en la región.

Los grupos de estudiantes radicales (muchos, si no la mayoría, suscribían algún tipo de ideología socialista) y los republicanos de izquierda optaron por no tomar las armas y embarcarse en un programa de desobediencia civil, mediante ocupaciones de casas, sentadas y manifestaciones por los derechos civiles que ponían de relieve la disparidad entre las condiciones en Gran Bretaña y en el norte de Irlanda.

Esta estrategia resultó incómoda para la administración norirlandesa. El régimen reaccionó como tantas veces en el pasado, haciendo que sus fuerzas policiales golpearan con saña a los manifestantes en las calles. Sin embargo, la presencia de la nueva tecnología de radiodifusión televisiva exterior que grababa las palizas de la policía no hizo sino aumentar el apoyo en toda Irlanda y poner en aprietos al gobierno de Londres.

La campaña por los derechos civiles estaba teniendo un impacto significativo y parecía estar avanzando hasta que elementos

prounionistas y las fuerzas policiales del Norte lanzaron ataques físicos y letales contra los católicos y sus hogares, los más devastadores en Belfast. De hecho, esto puso fin a la fase de desobediencia civil no violenta de la lucha, ya que parecía que existía una necesidad práctica de defensa armada. A muchos les pareció que la alternativa era soportar las consecuencias de ser intimidados para que abandonaran las calles y volvieran a la sumisión.

Este dilema provocó grandes diferencias en el movimiento radical entre los que defendían la continuación de un movimiento no violento y desarmado y los que insistían en la necesidad de protección armada. El debate se extendió inevitablemente a las filas del campo republicano militante.

Estas discusiones se desarrollaron en un ambiente febril. Uno de los bandos argumentaba que la prioridad debía ser construir un movimiento socialista en toda la isla y, aún más importante, un movimiento capaz de ganarse el apoyo de la clase obrera protestante. La otra parte del debate argumentó que, a la luz de un ataque letal dirigido por el Estado contra la comunidad católica en Belfast, debía prestarse atención con urgencia a la defensa armada.

Esta diferencia de opinión dio lugar a otra escisión y a la formación del IRA Provisional, disidente y militarista. Este nuevo grupo contenía una mezcla ecléctica de jóvenes republicanos de izquierdas y varios veteranos. Entre estos últimos había algunos descritos por James Connolly en una época anterior como los «hombres de la fuerza física» o, en otras palabras, los dedicados únicamente al uso de las armas.

Mientras se determinaba la perspectiva política de este nuevo grupo, sucesos como el internamiento unilateral sin juicio y la masacre del Domingo Sangriento desbordaron el debate. Varias acciones letales dirigidas por el Estado parecieron justificar la postura del IRA Provisional sobre el uso de las armas y, además, consiguieron el apoyo de importantes sectores de la clase obrera católica de Irlanda del Norte. Estas circunstancias llevaron a la organización y al norte de Irlanda a un conflicto intenso y encarnizado que se prolongó durante la mayor parte de los siguientes 25 años.

Comprometido con una campaña armada, el IRA Provisional y su base de apoyo apenas prestaron atención a la política convencional. No obstante, tras un breve periodo de existencia, el IRA adoptó una política de apoyo a una «República Socialista Democrática» sin definir qué implicaba esto exactamente, una postura que dio lugar a una serie de opiniones socialistas o socialdemócratas, pero nunca a nada concreto.

Esta ambivalencia llevó a un grupo del movimiento durante finales de la década de los 70 a insistir en la necesidad de una definición más clara de lo que la organización entendía por socialismo. Aunque se hicieron con el control del movimiento, la definición de este grupo resultó ser una política socialdemócrata de centro más que una que abogara por una transformación revolucionaria de la sociedad. Esta política centrista sigue siendo la política actual del Sinn Féin.

El Sinn Féin es, con diferencia, la mayor agrupación política de Irlanda que se define como republicana y aboga abiertamente por el fin de la presencia británica en el norte del país. No obstante, quedan algunos veteranos del último conflicto aún comprometidos con la visión de James Connolly de una república obrera. Estos últimos se encuentran actualmente dispersos en varios pequeños grupos escindidos que, de unirse, podrían aportar una contribución decisiva a la nueva Irlanda emergente.

Por primera vez desde mediados del siglo XIX, la población de esta nueva Irlanda ha aumentado, lo que incluye un cambio demográfico significativo en el Norte, donde la comunidad no sindicalista supera ahora en número a los partidarios de la unión con Gran Bretaña. Este hecho garantiza que la llamada «cuestión nacional» siga siendo un tema candente, con toda la volatilidad que conlleva. Además, en toda la isla existe una evidencia generalizada del descontento derivado de las desigualdades y las penurias, consecuencia de años de políticas neoliberales impuestas por el gobierno.

Irlanda se encuentra en una etapa de transformación gobernada actualmente por administraciones neoliberales de derechas en deuda con el imperialismo estadounidense, comunitario y británico. Sin

embargo, esta situación no es inmutable. Por ejemplo, una importante lucha reciente surgió en respuesta al intento del Estado del sur de hacer pagar el agua a la población. Una medida destinada a allanar el camino a la privatización del servicio. Esto provocó una resistencia generalizada que obligó al Estado a dar marcha atrás. Esta campaña demostró la capacidad de cambio del poder popular.

Y es evidente que el cambio es necesario. Hay una crisis de la vivienda en ambas jurisdicciones (República de Irlanda e Irlanda del Norte), los servicios sanitarios están en crisis y la privatización hace que el tratamiento esté casi fuera del alcance de muchos. Al mismo tiempo, la atención a los ancianos está en declive y los derechos de los trabajadores disminuyen, con salarios bajos y condiciones laborales reducidas. En general, la desigualdad es una constante.

Dada su larga historia de insurrecciones anticolonialistas y sociedades secretas, a menudo influidas, al menos en cierta medida, por factores económicos, sigue siendo una cuestión discutible si el futuro de Irlanda seguirá estando determinado por la práctica puramente parlamentaria o por otros métodos.

El terrorista de unos bien puede convertirse en el libertador de otros.